

fiere principalmente, tanto en su carácter como en su origen histórico, al socialismo filantrópico.

8. El punto de vista desde el cual consideramos aquí la evolución social, nos obliga ya de antemano á simpatizar con el socialismo en dos puntos: en sus ideas fundamentales más esenciales, y en los rasgos principales de su crítica de la organización social actual. Y estos dos puntos son comunes á todas las formas del socialismo.

A menudo, hay que confesarlo, el socialismo se presenta como un plácido ensueño en el que reposa el corazón atormentado y horrorizado ante la desdicha de los tiempos. Y aun entonces encierra una idea fundamental realmente moral: la idea de una justicia distributiva, de una sociedad perfecta, donde las capacidades y las necesidades de cada cual alcanzan satisfacción. En nuestro siglo, en particular, sirve de útil contrapeso al individualismo exclusivo, que fragmenta la sociedad en individuos aislados. Sostiene en realidad la idea propiamente fundamental de la moral social: la situación del individuo en la sociedad debe determinarse por la utilidad de la sociedad entera (comprendiendo en ella la del individuo). Partiendo de esta idea es cómo el socialismo somete la organización social actual á una crítica severa. Esta crítica representa para la sociedad lo que el examen y el conocimiento de sí mismo para el hombre individual. Muestra en toda su desnudez los defectos y los sufrimientos, primera condición para aplicarles remedio.

Pero puede admitirse la idea fundamental y la crítica, sin admitir las vías y los medios propuestos para realizar esta idea y para lograr la desaparición de los defectos señalados. Una cosa es descubrir la enfermedad y otra indicar los remedios. Nada hay que objetar contra las formas del socialismo que proceden por medio de experiencias y de ensayos y

prosигuen su obra por medio de asociaciones libres ó de instituciones municipales y políticas cada día más accesibles á los obreros, á menos de considerar como última palabra de toda sabiduría la actual distribución de la propiedad y del trabajo, cosa nada rara por otra parte. ¿Hasta qué punto este orden puede reemplazarse por otro? A la historia corresponde demostrarlo. Nos es imposible penetrar de antemano las eventualidades futuras, tanto menos cuanto que las sustituciones que sin cesar se producen (XIII, 4) pueden á menudo dar lugar á que los esfuerzos conscientes obtengan resultados muy distintos de los presentidos al principio. La sustitución de los motivos y de los valores convierte toda intervención en la evolución social en un salto en las tinieblas. No obstante, permanecer inactivo aquí, supone lanzarse igualmente en lo desconocido. Toda intervención debe motivarla la convicción mejor fundada que pueda obtenerse.

El socialismo empirico tiene por objeto modificar con espíritu social la organización existente del trabajo y de la propiedad; la cuestión de saber hasta dónde adelantará la evolución, la deja indeterminada. Un enérgico colaborador del movimiento cooperativo suizo definió el socialismo: la doctrina que trata de organizar la sociedad humana de tal manera, que desaparezca la oposición entre la riqueza excesiva y la pobreza (1). Propónese, pues, aquí una tarea en la cual puede trabajarse grado por grado. Opuestamente, hallamos la definición del socialismo dada por los marxistas: supresión de la organización capitalista por medio de la socialización de los medios de producción, y lucha de clases como medio para alcanzar este fin. Claro está que ambas

(1) Véase la cita en Hans Müller: *Die schweizerischen Konsumgenossenschaften*, p. 453.

concepciones consideran diferentemente el aspecto de la libre asociación de la cultura en el Estado: en la primera el espíritu de esta asociación debe infundirse poco á poco en el mecanismo del Estado; en la segunda, se trata de apoderarse lo más pronto posible del mecanismo de aquél, á fin de poder determinar la organización de la libre asociación de cultura.

En el transcurso del estudio crítico más profundo que haremos del socialismo en las páginas siguientes, tendremos sobre todo en cuenta la segunda concepción, especulativa ó marxista. Como se verá, su crítica nos obligará á atribuir una importancia tanto más considerable al socialismo empírico.

9. En todo estado de cosas, el poder del Estado ejerce gran influencia en la distribución de los medios de trabajo y de consumo, y en este sentido podría decirse que toda constitución es un socialismo relativo. De una manera general, parece imposible fijar á la acción del Estado límites absolutos. La esencia del Estado no es inmutable: se desarrolla con la naturaleza humana, con las condiciones históricas, y nadie puede decir de qué modo se constituirá un día el Estado futuro. Pero atribuir al Estado toda distribución, es suponer en los hombres que ejercen el poder (y éste, evidentemente, lo ejercen siempre determinados individuos) cualidades que hasta ahora no es posible decir que hayan poseído. ¿Cómo creer que existan hombres asaz perfectos para no abusar de un poder tan enorme, cuando la historia atestigua suficientemente cuánto abusaron del poder no tan considerable confiado hasta ahora á los gobernantes? Es un hecho característico que en Inglaterra, es decir, en el país capaz de ejercer la inspección más severa sobre los actos del poder público, sea donde se experimente mayor repugnancia para ampliar el dominio. El so-

cialismo de Estado supone una noción supersticiosa del Estado, una confianza excesiva en la acción susceptible de ser ejercida desde arriba hasta abajo, olvidando que son, no obstante, hombres siempre, no dioses. los que gobiernan el timón de la nave. Ni sería de otro modo aun cuando la mayoría del pueblo determinase la composición del gobierno. Si los hombres adquieren algún día la perfección de que les supone capaces el socialismo, la cuestión social habrá desaparecido de este mundo.

No solamente la perfección moral, sino también la omnisciencia deberían poseer, en el Estado socialista, los detentadores del poder. Para ponerse en condiciones de distribuir el trabajo y los productos, veríanse obligados á conocer las necesidades de los diferentes individuos. Pero las capacidades, lo propio que las necesidades, exigen evolución continua, y el mismo individuo es quien mejor puede descubrirlas, con tal que se le permita desarrollarlas tan libremente como sea posible, á fin de someterlas á prueba. El Estado, es verdad, tiene la misión desde ahora de escoger los individuos más aptos para ciertas funciones y subvenir á diferentes necesidades. Pero son pocas las personas que creen que impulse al hombre al cumplimiento de esta tarea hasta un grado tal de perfección como fuera de desear, sin que á ello le obligue otra razón alguna, la idea de hacerlo entrar todo en sus atribuciones. El Estado, tal como hoy existe, puede apoyarse en la necesidad de libre desarrollo, en la libre iniciativa de los individuos particulares, y puede escoger entre aquellos que, para obedecer á su propia necesidad, se han desarrollado en determinado sentido. Además, en muchas ocasiones, entra necesariamente en concurrencia con empresas privadas. Por dilatada que nos representemos la acción del Estado, no podría, sin embargo, librarse nunca de la concurrencia, que

BIBLIOTECA NACIONAL

le hará la iniciativa libre y la acción privada, á menos de querer petrificarse en el dogmatismo y la rutina. Esto es verdad tanto en el terreno de la cultura material como en el de la cultura ideal.

En lo que concierne al punto particular del reparto de productos, la gran cuestión estriba en saber á punto fijo qué se entiende por distribución justa. Los autores socialistas se dividen en este punto en dos grupos: unos quieren que la parte del individuo la determine el trabajo efectuado por él; otros, que determine la distribución la necesidad del individuo. El primer punto de vista lo expresa esta proposición de Saint-Simon: «Cada cual debe ser clasificado según su capacidad y retribuido según sus obras»—el último en estos términos del *programa socialista de Gotha*: «A cada cual según sus necesidades razonables». En el primer caso se encuentra no sólo la dificultad de hacer un reparto igual entre las diferentes clases de trabajo material y mental, sin las cuales no puede pasarse la sociedad, sino también este grave problema: ¿cómo cerciorarse de que el valor del producto corresponde al trabajo ejecutado? Se trata, sin embargo, evidentemente, de saber si el producto del trabajo tiene un valor suficiente para el consumo, es decir, si satisface reales necesidades de la sociedad. El valor de un producto no lo determina sólo el trabajo que su producción ha costado ó el tiempo que ha requerido su desempeño, sino también la utilidad de aquel producto, y, de consiguiente, la necesidad, la carencia á que aporta remedio. Compréndese así que para regular el trabajo, haya que regular forzosamente las necesidades. Es preciso, pues, que tanto una como otra de ambas teorías concedan al Estado el poder de determinar las necesidades de los individuos. Al propio tiempo, debe procurarse que no se produzca más ni tampoco cosas que el país no pueda utilizar, pues un

Estado particular no podría gobernar las necesidades de los demás países. Así, el comercio mundial, que tiene por objeto hacer producir más de lo que el país exige para su consumo, y, por lo tanto, hacerlo depender de los países extranjeros, debe limitarlo ó inspeccionarlo el Gobierno. Esta consecuencia la ha vislumbrado J. G. Fichte, y no ha vacilado en apuntarla (en su libro *Geschlossener Handelsstaat*, 1800). De este modo se agotaría sin duda alguna á la vez la fuente de las modernas discordancias sociales, pues históricamente remontan hasta el siglo XIII y XIV, época en que empieza á establecerse un mercado mundial, y á partir de ella, por consiguiente, las necesidades locales, fáciles de conocer, cesaron de determinar exclusivamente la producción (1).— Cuando la segunda teoría pretende determinar la distribución según las necesidades razonables de cada cual, es evidente que la razón personal del individuo no será la que decida si sus necesidades son «razonables». Esto favorecería á los detentadores del poder público, y los individuos particulares se encontrarían de este modo sujetos á una especie de tutela. A pesar de lo necesaria que es una reglamentación de las necesidades, puesto que el Estado también determina el sistema de vida (*standard of life*) de sus funcionarios, sin embargo, no habrá más ventajas aquí que en la producción, si no se deja subsistir, junto á esa reglamentación, el desarrollo y la adaptación libres, que permitan, en la escala más vasta posible, la comparación y la elección.

10. Una masa de individuos que no tiene derecho á decidir cuáles son sus capacidades ó sus necesidades, y obligada á dejarse cortar por el mismo

(1) Lujo Brentano. *Ueber die Ursachen der heutigen sozialen Not*. Leipzig, 1889. Véase, del mismo autor, *Die Arbeitergilden der Gegenwart*, I, p. 58 y sig.; p. 320.

patrón que establecieron las autoridades, constituye una pura *masa*, no una sociedad organizada. Poco importa, por otra parte, que el individuo se represente los futuros directores de la sociedad como genios ó como idiotas, como monarcas absolutos y dictadores, ó como elegidos por sufragio universal. Lo que presta valor á la vida, es decir, el libre desarrollo de las facultades y de las tendencias, está siempre y en todos los casos eliminado.

La tendencia á decidir por nosotros mismos qué facultades y necesidades tenemos y cuáles merecen ser desarrolladas y satisfechas, no es una necesidad puramente egoísta. Como hemos visto ya, es una condición para que podamos encontrar en la sociedad fuerzas productivas capaces de dar á luz algo nuevo, y no seguir indefinidamente senderos trillados. Hasta la costumbre, para ser buena, necesita que el individuo propenda á ella de por sí. Pero cuando se trata de abrir nuevos caminos, la satisfacción de haber seguido nuestro propio impulso hacia lo que se juzga bueno y útil, es á menudo la única recompensa que se obtiene. Los grandes inventores no se preocupan generalmente para nada de las ventajas que podrían sacar por sí mismos de sus descubrimientos, y frecuentemente son víctimas de la explotación y el dolo. Envenena luego su existencia y vuélveles aciago el destino los obstáculos que se oponen al libre uso de sus fuerzas en el sentido por ellos deseado. ¿Pero qué sucederá cuando el Estado haya monopolizado todos los medios de trabajo? ¿De dónde sacar en adelante los medios de practicar las experiencias privadas á las cuales tanto debe la cultura, si no lo debe todo? Con razón, dice Schaffle, que es ser injusto con el socialismo creer que suprime necesariamente toda libertad de movimiento y toda libre disposición de los bienes materiales. Distingue claramente los medios de disfrute de los

medios de producción, y trata de demostrar que el socialismo no suprime la propiedad mientras es medio de producción, sino cuando lo es de disfrute. Podríamos disponer libremente de los medios de disfrute de que nos haría partícipes la sociedad socialista. Podríamos ahorrar la moneda recibida y emplearla para nuestros fines personales ó para hacer donaciones y prestar auxilio á los demás hombres. Sin embargo, la esfera en que con libertad puede ejercerse el movimiento no es muy considerable. Las economías se gastan pronto, cuando hay prohibición de hacerlas fructificar confiándolas á otros que tienen necesidad de ellas. Si hay quien nos entregue intereses á trueque de la autorización de disponer de nuestras economías durante un tiempo convenido, por nuestra parte podremos emplear ese tiempo en aquellas ocupaciones que no dan inmediatos productos, aunque exigen serio trabajo y grandes alientos. Y este tiempo estará tanto mejor empleado, cuanto corresponderá quizás á un trabajo que nadie y en particular ninguna de las autoridades dominantes en la sociedad, reconoce su valor, ya porque no se quiere que corresponda á necesidades reales, ya porque se refiera á necesidades que ante todo deben despertarse y que al hacerlo enriquecerán cada vez más la vida. En el Estado socialista, que prohíbe todo interés del dinero, sólo habrá lugar para las ocupaciones que deseará fomentar el Estado. No solamente quedará suprimida la producción individual, sino que el disfrute individual permanecerá también encerrado en estrechos límites. Cuando se vive con arreglo á la voluntad del poder público, no puede haber libertad en las tendencias ni esfuerzos verdaderamente personales. La renta constituye sin duda un ingreso que aprovecha al rentista sin que él directamente contribuya á producirla; pero tiene la importancia social de permitir

otras aplicaciones de la actividad aparte de las que presentan una utilidad inmediata, y favorece el ahorro. Actualmente, aquel que es económico, sabe que puede no sólo asegurar su propia existencia, sino aun secundar de un modo duradero los intereses y los esfuerzos que le plazcan. Evidentemente, puede abusarse de la renta para abandonarse á la ociosidad; pero todo derecho de disposición se presta al abuso, sin exceptuar el del Estado. Así como el socialismo supone una humanidad capaz de producir gobernantes perfectos, implica asimismo una humanidad cuya actividad y facultades inventivas no sufran debilitaciones porque su iniciativa quedaría abolida y sus necesidades ajenamente determinadas.

La iniciativa privada infunde nueva sangre á la vida social. Así, el individuo particular no debe, como tal, ser excluido de la producción. Sería absurdo otorgarle la facultad de disipar sus ahorros en francachelas, y rehusarle la de utilizarlos como medios de producción. Este obstáculo puesto á la libertad de medrar y aventurarse, sería intolerable. Por otra parte, no sólo resultaría un obstáculo para la libertad del individuo, sino también para la evolución de la sociedad. La suficiencia burocrática y parlamentaria constituiría un impedimento insostenible para el progreso. No sólo tendría que sufrir con ello la cultura material, sino la ideal también. Para coartar el espíritu de empresa y de innovación, tan útil al conjunto de la sociedad, y que diese origen á una especie de nobleza hereditaria, bastaría modificar el derecho de heredamiento y permitir que el Estado se apoderase de las empresas privadas con carácter de utilidad general, cuando hayan aprovechado durante cierto número de años á sus fundadores y permitan una administración pública. Haríase extensivo á este caso lo que ya existe para la propiedad

literaria y artística, como también para las patentes de invención.

El socialismo especulativo, para mejorar la distribución de las riquezas, quiere en suma agotar la fuente de ellas. Pero incurre con esto en una contradicción: una vez seco el manantial del progreso, no quedarán ya, en fin de cuentas, riquezas para distribuir. El socialismo utópico era más consecuente: no se contentaba con suponer un Estado limitado ó cerrado, sino que exigía también la reglamentación directa de las necesidades. Así lo hacen, por ejemplo, Platón y Campanella. El socialismo moderno concede á la libertad individual la propiedad privada de los medios de consumo. A medida que progresa la experiencia, los mismos partidarios del socialismo riguroso advertirán indudablemente que la moral social debe por sí misma reclamar y favorecer la libertad individual, no sólo para el consumo y el disfrute, sino para el trabajo y la producción al mismo tiempo. En todo caso, suprimir la libertad de producción, como solución al problema social, supone condiciones psicológicas y sociales tan diferentes de las actuales, que podría calificarse como dogmática presunción la de pronunciarse de una manera resuelta sobre aquello á que dará ó no posibilidades.

11. Uno de los principios socialistas es el de considerar el trabajo como fuente de toda riqueza y de toda cultura. El programa de Gotha lo proclama desde el principio. No obstante, este principio encierra cierta ambigüedad, de que participa la palabra «obrero». Además del trabajo material, existe, en efecto, también un trabajo mental. Aun cuando, en la consideración de la cultura material, tuviésemos sobre todo en cuenta el trabajo físico, está, sin embargo, demostrado que la nueva posición y la mejor ocupada hoy día por el trabajo útil á la cultura ma-

terial, débese al hecho de que la industria moderna es, en vasta escala, una aplicación de los principios de la ciencia moderna. El trabajo material, ó muscular, supone, pues, aquí el trabajo mental ó cerebral. Las tentativas, las ideas y los planes surgidos del trabajo mental han satisfecho á innumerables obreros materiales. No será posible en adelante llevar á buen término ninguna organización social, si con arreglo á los programas socialistas de Gotha (1875) y de Gante (1877) se empieza por colocar á la clase obrera (de la cual forman parte los obreros materiales, denominados por el programa de Gante «el proletariado») en oposición con todas las demás clases. Esta actitud es excusable en el fragor de la lucha; pero de alimentar en exceso el sentimiento de oposición y de separación relativamente á las demás clases, se cerraría el único camino que puede conducir á mejores estados.

El trabajo físico no es la única fuente de riqueza y de cultura. Este último trabajo es el más considerable que se ha cumplido en lo mental. Evidentemente, para que se pueda trabajar, es preciso satisfacer las necesidades materiales. Ahora bien; muchos obreros intelectuales necesitan asistencia física. Sin el entonador que mueve los fuelles, el organista sería impotente; lo cual no significa que el primero sea «la fuente» de la música. Figura también en el programa socialista el pensamiento libre, la libre investigación y la instrucción pública. Fuerza es, por lo tanto, reconocer que el conjunto de la atmósfera moral en que vive el obrero tiene para éste grandísima importancia. La filosofía y la ciencia social modernas llevaron desde luego á la supresión de las corporaciones, después á la anulación de las prohibiciones que impedían á los obreros constituir asociaciones legales y legalmente protegidas. El investigador más aislado, puede propagar en el mundo ideas

que, por su influencia sobre la concepción general de la vida y sobre la opinión pública, pueden determinar la marcha de la cultura hacia un grado mucho más elevado de lo que podría hacerlo el trabajo material de millares de seres humanos. Esto es un hecho y no hay programa capaz de impedirlo. Para que la evolución futura tome una dirección sana, hay que esforzarse en disminuir la distancia que separa el trabajo material del trabajo mental. Pero este esfuerzo no alcanzará éxito si se insiste en la oposición de la clase obrera á *todas* las demás clases de una manera tan resuelta como se hace de ordinario. Es preciso convenir en que las «demás» clases, es decir, las que hasta ahora han tenido posibilidad de entregarse casi exclusivamente al trabajo mental, no se conducen siempre respecto á la clase obrera como fuera deber suyo hacerlo. Prejuicios de diferentes clases, la altivez y la falta de simpatía, les han impedido reconocer los derechos de los obreros. Ahí reside la más grave causa del desacuerdo. Pero no es esta causa la que aquí buscamos. Discutimos la teoría socialista y le reprochamos que establezca una oposición más resuelta de lo que debiera y es necesario.

Estos programas sociales-demócratas están propiamente en contradicción con la doctrina de Marx, según la cual debe desaparecer toda distinción de clase, al modo que cayó, cuando la Revolución, la antigua distinción de la nobleza y del estado llano. Ahora bien, la clase obrera no ocupaba sin embargo todavía, frente á frente de las demás clases, la misma situación que el estado llano ocupa ante las clases «privilegiadas», en la época de la Revolución. La clase que hoy día se denomina la burguesía ha creado simplemente la industria y el comercio, la ciencia y el arte de los tiempos modernos, y de ella ha partido en los países germánicos, el movi-

BIBLIOTECA DE ECONOMÍA

miento liberal del protestantismo. A pesar de toda la admiración que pueda sentirse por el movimiento expansivo de la clase obrera en el transcurso del último siglo, no es posible afirmar sin embargo que haya llegado más ó menos al mismo punto que el estado llano había alcanzado cien años atrás. Su evolución no ha terminado todavía. Ni es culpa suya que sea así, pues sólo de poco tiempo á esta parte ha encontrado condiciones favorables para esto. Razón de más para no acentuar tan fuertemente el antagonismo de las clases. Cuando menos, las clases opuestas tienen que aprender mucho unas de otras; y la clase obrera que, según se espera, comprenderá un día á todos los hombres, no podría ser la clase obrera actual, imperfectamente desarrollada todavía y opuesta á las demás clases de la sociedad, no sólo por sus intereses, sino también por ese mismo imperfecto desarrollo.

12. El problema, sin embargo, se planteará de nuevo y sin cesar á consecuencia de una circunstancia que los socialistas olvidan á cada paso (1), esto es, el instinto natural que hace que la población aumente en proporción mayor que las subsistencias de que se dispone á cada momento. Aun admitiendo que Malthus haya exagerado esta tendencia, existe aquí manifestamente, sin embargo, una fuerza que hará perder de nuevo el equilibrio apenas se le haya alcanzado (consúltese XXV, 2). Si se lograra crear una organización en la que cada cual pudiese considerar el porvenir tranquilamente, este sosiego tendría, entre otras manifestaciones, la de fundar numerosas familias, de manera que en poco tiempo se obtendría un acrecentamiento de fuerza obrera y quizás un aumento más rápido de los brazos que del

(1) Véase H. Soetbeer: *Die Stellung der Sozialisten zur Malthusschen Bevölkerungslehre*, Berlin, 1886.

trabajo, de las bocas que de los alimentos. Tenemos con esto una simple consecuencia de la propia razón en virtud de la cual, desde ahora, el número de matrimonios aumenta no sólo cuando el precio del trigo disminuye, sino desde el punto y hora que se prevé esta disminución, ó, de un modo general, cuando animan al espíritu risueñas esperanzas (1).

Las condiciones sociales se determinan en cada época por medio de la relación que existe entre el aumento de la población y la medida en que el incremento de la energía y de la inteligencia pueden aumentar la producción del terreno. Si diversas fuerzas concurren juntas, se producirá un movimiento rítmico, imperante ya sobre una, ya sobre otra tendencia. Una existencia que no estuviese sometida á semejante variación rítmica es cosa inconcebible para nosotros. Las fuerzas diversas y la manera cómo luchan entre sí es lo que convierte la vida en un combate y produce dolores, particularmente las veces que la amplitud de las oscilaciones aumenta considerablemente. No hay que decir que la naturaleza demostrará siempre marcada tendencia al engrandecimiento, y, no obstante, un cambio decisivo en este concepto es para nosotros algo demasiado lejano relativamente para que podamos reconocerle importancia moral. Una áspera lucha contra las condiciones del medio, es lo que ha desarrollado la naturaleza humana hasta el punto en que

(1) «Así, después de una buena cosecha, aumenta ordinariamente el número de matrimonios y de nacimientos, y, viceversa, disminuyen cuando el año ha sido malo. En el primer caso, más bien es la esperanza que la riqueza real lo que induce á fundar nuevas familias, pues se observa que el mayor aumento no coincide absolutamente con los precios más bajos del trigo, sino con aquellos que difieren, de un modo que sorprende, de los precios de una mala cosecha precedente.» Roscher, *Die Grundlagen der Nationalökonomie*, § 240.